

Declaración del IMFC en el 70° Día Internacional de la Cooperación

La medida de todas las cosas

El cooperativismo transita su segundo siglo de existencia como forma de organización social y empresaria.

A lo largo de esta etapa de la historia universal, el movimiento ha desplegado una labor intensa y fecunda en la construcción de una economía solidaria, obteniendo, en todos los tiempos, éxitos perdurables y también experiencias dolorosas.

El diseño y puesta en marcha de emprendimientos cooperativos para la producción, distribución y consumo de bienes y servicios tiene en común, desde su origen, el objetivo de satisfacer las necesidades de la gente y obtener el beneficio equitativo para la comunidad.

Este modo de concebir y ejercitar la creación y el disfrute de la riqueza, por medio de la ayuda mutua y el esfuerzo propio, no es exclusivo de la cooperación. Es un anhelo y una búsqueda incesante de la humanidad progresista en cada época histórica.

Así, los logros y fracasos del cooperativismo en casi dos centurias, son parte inseparable de esta tarea inconclusa que procura asegurar una vida digna para todos.

Las vicisitudes atravesadas por el movimiento son, por su naturaleza, similares a las que protagonizaran las más diversas organizaciones genuinamente populares. Sus avances y retrocesos estuvieron siempre vinculados a las condiciones del contexto y, en ese sentido, los cooperadores sabemos por experiencia propia, que una de las premisas fundamentales para el desarrollo de la acción cooperativa es la vigencia plena de la democracia y sus instituciones.

El otro requisito indispensable para que la cooperación despliegue plenamente sus potencialidades, es el marco de políticas que propicien el crecimiento económico con justicia social.

Las reformas estructurales basadas en el ajuste permanente, la enajenación del patrimonio nacional, el Estado mínimo y la consagración del mercado como árbitro supremo de la sociedad, acentúan la brecha en un sector cada vez más pequeño y más poderoso, y quienes -constituyendo la parte mayoritaria de la población- van siendo desalojados impiadosamente del mercado laboral y del consumo.

En la disyuntiva “competencia o monopolio”, este último resulta beneficiado por la prescindencia estatal en áreas claves de la producción y los servicios y, al mismo tiempo, como consecuencia inevitable de la subordinación al proceso de globalización económica, liderado en función de sus intereses por los países desarrollados del Norte.

Un tercer requisito, que en la actualidad adquiere contornos dramáticos, es la preservación del medio ambiente, cuyo nivel de contaminación crece, al punto de poner en peligro la existencia de infinidad de especies y, en especial, la del género humano.

Los inmensos desequilibrios económicos, sociales y ecológicos que se observan actualmente entre las diferentes regiones del planeta, permiten afirmar que, para salvar al mundo, hay que cambiarlo.

En esta época de transformaciones vertiginosas a escala planetario, la cultura del individualismo y el "sálvese quien pueda", ha penetrado en todos los poros de la llamada "aldea global", a través de los medios de difusión masivos.

En oposición a este modo de convivencia salvaje, los valores esenciales y la práctica de la cooperación brindan caminos alternativos para lograr racionalidad en los procesos productivos y un desarrollo sustentable, con participación democrática y justicia social.

Para esta búsqueda inagotable de una organización económica, política y social superadora, ratificamos en este 70º Día Internacional de la Cooperación nuestra ineludible vocación de servicio y la convicción de que el hombre sigue siendo para nosotros la medida de todas las cosas.

Buenos Aires, 3 de julio de 1992